

“de manera, que el sér y valor que tienen y tendrán, á solo él que las favoreció para que saliesen á luz, se ha de atribuir más que no al autor.” Aunque envuelto en un velo de modestia, se percibe en estas palabras el sentimiento que abrigaba el P. Sahagun del mérito imperecedero de sus escritos; sentimiento que le mantenía firme en el propósito de darlos á conocer á pesar de la injusticia de sus opositores, y que le vaticinaba el aprecio que haria de ellos la gente venidera, dado que no lograra durante sus dias contrastar esa injusticia. Simpatiza el corazon con un hombre que descansando solo en su conciencia, aguarda lleno de confianza el fallo de los siglos por venir, y causa admiracion ese su empeño en ofrecer al mundo una obra acabada para labrarse una fama póstuma, mayormente si se compara con la frivolidad que distingue á no pocos escritores de nuestro tiempo, sobrado impacientes por ganar gloria, y muy descuidados en saberla merecer.

Después de cuarenta años de enseñar á los colegiales de Tlalteolco, murió el P. Sahagun á los sesenta de su edad en el convento de San Francisco; en cuyo templo fue sepultado su cuerpo, acompañándole al sepulcro las lágrimas de los indios y de todos los hombres que estiman en su valor real una vida consagrada al culto de la virtud y de la ciencia.

Para completar el cuadro de los primeros lectores del colegio de Santa Cruz, señalaremos también como uno de ellos al P. Fr. Francisco de Bustamante, natural del reino de Toledo, varon docto, que vino á nuestro país en 1542; enseñó artes y teología en el citado establecimiento; fue provincial y comisario general dos veces; y habiendo pasado á España á negocios del bien público, segun dice Vetancurt, murió en Madrid á 1º de Noviembre de 1562. No olvidaremos tampoco á los PP. Fr. Juan de Gaona y Fr. Juan de Focher, este francés y aquel natural de Búrgos, descollantes ambos en el conocimiento de la lengua mejicana y autores de varias obras la mayor parte inéditas; tan casto y modesto el primero, que se le proponia por dechado á las doncellas, y tan docto el segundo, especialmente en cánones, derecho civil y teología, que aun los sábios le consultaban para oír su parecer; siendo este tan acreditado, que el P. Fr. Alonso de la Veracruz, fundador de la universidad de Méjico, al saber la muerte de nuestro fraile, exclamó: —Focher es muerto, pues todos que damos en tinieblas!

Habiendo tratado de los primeros alumnos y lectores que ilustraron el colegio de Santa Cruz de Tlalteolco, faltariamos á un deber si pasáramos adelante sin detenernos á contemplar la hermosa figura del mejor guardian del convento de Santiago, del historiador de Méjico, cuya obra ha llegado hasta nosotros acompañada siempre de merecido aplauso, en fin, del autor de los *Veintiun libros rituales y Monarquía Indiana*.

V

FRAY JUAN DE TORQUEMADA.

El cronista Vetancurt, sin saberse por qué razon, negó en su *Menologio franciscano* un lugar al religioso cuyo nombre hemos colocado al principio de este capítulo. Toda la noticia que de él nos da se reduce, á que fue hijo de la provincia del Santo Evangelio y su cronista; que salió electo provincial en el capítulo celebrado en Xochimilco en 18 de Enero de 1614, y que escribió y publicó la vida del beato Sebastian de Aparicio, así como la historia que acabamos de mencionar, respecto de la cual añade que se valió para formarla de los muchos escritos de los mas antiguos padres y señaladamente del libro que compuso Fr. Gerónimo de Mendieta, intitulado *Historia eclesiástica indiana* que pasó á manos del P. Fr. Juan Bautista y de ahí á las de nuestro historiador, su discípulo. Pero algunos apuntamientos propiamente biográficos, la indicacion siquiera de los lugares donde nació al mundo y á la orden seráfica, esto es lo que no ha hecho Vetancurt, y semejante proceder le ha acarreado la fea nota de envidioso.

Mas no solo se contentó con ese desden, sino que obrando con la mayor injusticia no ha dudado callar un hecho que fue sin duda reputado en aquellos tiempos como un timbre para el P. Torquemada, queremos hablar de la parte señaladísima que tuvo este en la ereccion de la actual iglesia de Santiago Tlal-

telolco; atribuyendo su émulo toda la gloria de ese hecho al P. Fr. Juan Bautista, siendo así que no hizo mas que sacar de cimientos el edificio, el cual fue levantado hasta cerrarlo con bóvedas por el autor de la Monarquía Indiana. Dirigió él igualmente la obra del retablo principal, y—oigamos cómo se expresa:—“sin tener maestros que amaestrasen lo uno ni lo otro, sino yo solo, que para haber de salir con ello, tuve necesidad de muy grande estudio en cosas de arquitectura; la cual me comunicó el Señor sin haberla estudiado ni sabido, ni aprendido de maestros, que suelen enseñarla, aprovechándome de los libros que de esto tratan.”

Esta malquerencia de Vetancurt es tanto mas inexplicable cuanto que él se sirvió de casi todas las noticias importantes sembradas en la Monarquía Indiana para componer en gran parte su *Teatro Mejicano*, siendo no pocos pasajes de esta obra una verdadera copia ó traslado de pasajes de aquella. Y con todo, se atreve á notar de plagario á Torquemada por haberse aprovechado, para la formación de su libro, de los escritos de autores que le precedieron en el desempeño del mismo asunto; siendo así que, tomando en tal sentido la palabra plagario, casi no queda historiador que no lo sea, como observa muy bien el Sr. Garcia Icazbalceta. Mas la posteridad ha tomado á su cargo la venganza de este agravio á todas luces inmerecido, y dejando á cada uno de nuestros dos historiadores en el buen lugar que les corresponde, ha inclinado sin embargo la balanza de la justicia del lado de Torquemada, y aun no ha faltado autor (Clavijero) que ponga sobre el libro de Vetancurt la misma tacha con que él pretendió afeár el de aquel escritor.

Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el mal causado por el autor del *Menologio*, es acaso irreparable: pudiendo, á no dudarlo, haber derramado abundante luz sobre la vida de Fr. Juan de Torquemada, nos ha dejado en tinieblas, y fuera de las escasas noticias antes dadas, todo lo que sabemos acerca de este buen religioso es que fue natural de España; que vino niño á Méjico y tomó el hábito de S. Francisco en el convento hácia fines del siglo décimosesto; que se dedicó con ardor á recoger todas las tradiciones que pudieran suministrarle material para su preciosa obra; que trabajaba en ella sin desatender las obligaciones de su estado, y que murió siendo guar-

dian del espresado convento. El Sr. Ramirez, en sus noticias concernientes á Motolinía, fundado en algunos monumentos que consultó, fija el nacimiento de nuestro Torquemada por los años de 1563 ó 1565; su ingreso á la religion franciscana en el mes de Febrero de 1583, y su muerte en el año de 1624, de donde podemos inferir que alcanzó una edad de cincuenta y nueve ó sesenta y un años.

No obstante esta pobreza de noticias tocantes á la persona del fraile insigne, debemos consolarnos con la idea de que vive en sus obras, vive inmortal en sus escritos, y especialmente en su famosa historia mejicana. En ella es preciso estudiar el objeto del cuadro y al artista que con tanto primor y valentía manejaba el pincel. Todo seduce en esta producción, el asunto y el modo de tratarlo, la materia y la forma; todo en ella da una idea favorable del escritor, y cosa rara! interesa hasta por lo que á primera vista podria parecer mas insignificante, la dedicatoria.

Esta pieza sorprende de la manera mas agradable. Cuando las de su género que se escribian en aquella centuria dan grima de puro insulsas y rastreras; cuando en la mayor parte ofende, molesta, da vergüenza hallar entretejida la torpe adulacion con la mas ridícula pedantería, asombra ver en la de Torquemada el sello de una alma noble, la revelacion de un carácter independiente, digno y superior á las miserias de su siglo. Cuando hasta los poderosos buscaban á un magnate por mecenas, el humilde fraile no solicitaba para su libro el amparo que el de Dios.

“Todos los que escriben libros (dice, hablando con la Divinidad) buscan modos como mas honrarlos y ampararlos de los que los calumnian; y unos los dedican á reyes y monarcas poderosos, pareciéndoles que en ellos está su defensa, y otros, á personas á las cuales se reconocen obligados, y en orden, ó de lisongearlas creyendo que en esto les dan gusto, ó de obligarlas á mayor gratitud y agradecimiento, les desentrañan las vidas y hacen largos procesos en contar las de sus pasados, hasta llegar al tronco y cepa donde comenzó su nobleza; pero al fin dan en laja, pues llegan á término donde se acaban las caballerías, y en el mismo se comienza á descubrir la hilaza de la masa de Adán, donde toda nobleza é hidalguía quedó por el suelo abatida, y el sambenito de la culpa primera puesto á

los pechos, que aunque mas se quiera cubrir con hábitos de San Juan, de Calatrava, Alcántara y Santiago, no es posible, por cuanto él campea sobre todos. Y poniéndome á considerar todas estas cosas, halló por muy cierto, que todas tienen fin, y que no consiguen lo que pretenden los que les dedican sus obras; pues en muriendo el amparador, muere con él también la proteccion y amparo que les hacia; y no sabemos de ninguno que haya dejado en cláusula de testamento, ni en vínculo de mayorazgo, á sus sucesores y descendientes, que tomen á su cuidado los libros que en su nombre se imprimieron."

¿Puede apetecerse mas dignidad, mas elevacion de ideas, mas delicadeza de sentimientos, y al mismo tiempo una sátira mas fina? Esa elevacion se ve tambien patente en el juicio que de la historia en general tenia formado, el cual no dudaria prolijar un filósofo griego ó romano. "Es la historia (dice) un beneficio inmortal que se comunica á muchos: ¿qué depósito hay mas cierto y mas enriquecido que la historia? Allí tenemos presentes las cosas pasadas, y testimonio y argumento de las porvenir: ella nos da noticia y declara y muestra lo que en diversos lugares y tiempos acontece; los montes no la estrechan, ni los rios, ni los años, ni los meses, porque ni está sujeta á la diferencia de los tiempos, ni del lugar. Es la historia un enemigo grande y declarado contra la injuria de los tiempos, de los cuales claramente triunfa. Es un reparador de la mortalidad de los hambres, y una recompensa de la brevedad de esta vida."

Otra de las prendas que resaltan en nuestro autor es el entrañable cariño que profesaba á los naturales del país; y así es que, enumerando las razones que le movieron á poner mano en su historia, "otra fue—nos valdremos de sus propias palabras—ser yo tan aficionado á esta pobre gente indiana, y querer escusarlos, ya que no totalmente en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlos, y sacar á luz todas las cosas con que se conservaron en sus repúblicas gentílicas, que los escusa del título bestial que nuestros españoles les habian dado."

Como este, hay innumerables pasages en su obra, que respiran el mismo afecto, siendo de notarse muy especialmente aquellos en que se muestra complacido de la conducta de Las Casas por el celo y perseverancia con que abogaba por la causa de los indios.

En conclusion, la Monarquía Indiana es uno de aquellos libros que debian andar en manos de todos nuestros patricios. Tiene sus pasages áridos, á veces aun molestos, por hallarse cargados de una erudicion pesada; pero estos lunares, que son los de casi todas las producciones literarias de su época, no hacen desmayar al lector, y una vez comenzada la lectura, no se deja fácilmente sino hasta haber apurado el deleite con que brinda. Buen estilo, locucion propia y generalmente esmerada, imágenes de brillante colorido, apreciaciones esacias, juicios filosóficos, sesudos, nobleza de miras, y sobre todo, gran copia de hechos y suma fidelidad en referirlos, he aquí las cualidades que aseguran á la obra de Torquemada la aficion y estima de la posteridad, y por las cuales se ha grangeado el autor el renombre de Tito Livio mejicano. Vivirán uno y otra mientras haya un lugar donde se hable la lengua de Mariana y de Cervantes, y mientras interese á la humanidad la suerte feliz ó desgraciada de los hijos de Anáhuac.

VI.

EL COLEGIO DE SAN BUENAVENTURA.

Desde el año de 1537 en que tuvo principio en Tlalteolco el primer plantel literario, hasta el de 1564 en que terminó el gobierno del virey D. Luis de Velasco, inmediato sucesor como se ha dicho de D. Antonio de Mendoza, la juventud mejicana bebió las generosas aguas de la ciencia, dando muestras de lo que era y de lo mucho que podia ser.

Mas con la muerte del segundo de esos bienhechores, faltó la mano que la sostenia en la carrera de su perfeccionamiento; dejó de existir el colegio imperial de Santa Cruz, y dejó de existir porque los gobernantes que despues vinieron no estaban animados de los sentimientos que abrigaron sus antecesores para con la raza subyugada; y en vez de procurar instruirla,

solo trataron de embrutecerla privándola del beneficio de las luces para adormecerla en la esclavitud.

Tenian razon los tiranos. Quanto mas degradados, quanto mas envilecidos estuviesen los indios, eran menos capaces de sublevarse contra sus opresores, eran mas gobernables, tolerarian con mas docilidad los tributos y los trabajos á fuerza: por eso, en lugar de poner en sus manos la antorcha de la civilizacion, amontonaban nubes sobre su inteligencia; el hombre que nada conoce, nada apetece, á nada aspira, abdica su dignidad de ser inteligente y se convierte en máquina; y esto era precisamente lo que formaba el núcleo de la política que con nuestros compatriotas empleaban aquellos bajás: tener supeditados brutos y no racionales; en vez de súbditos, instrumentos.

Y es forzoso convenir, que en gran parte alcanzaron esa triste gloria; pero tambien debemos confesar que los primeros vi-reyes mostraron tendencias mas nobles, mas humanas, y dignas ciertamente de una administracion sábia y generosa. Y lo que en este punto llama la atencion es, que su ejemplo no haya producido en los que les sucedieron los frutos que eran de esperarse. ¡Qué! la idea de un pueblo oprimido, de un pueblo que desfallece bajo el peso del yugo, no los perseguia como un remordimiento eterno en sus horas de arbitrariedad y durante sus ensueños de codicia! ¡no los hacia sonrojarse de una conducta tan ruin y anticaballerosa, cuando habia tantos pechos virtuosos que la censuraban abiertamente, cuando habia un obispo de Chiapas que protestaba contra ella con toda la energía de la conciencia indignada!

El hecho es que á principios del siglo décinoseptimo y aun á fines del anterior, ya se notaba en los indios ese estado de postracion intelectual que llegó despues hasta la mas crasa ignorancia, y en muchos hasta la barbarie. Descuidóse enteramente su instruccion por parte del gobierno y por la de los frailes, pues que ya en estos empezaba á decaer el fervor primitivo. Hubo mas: conceptuándolos indignos de civilizarse, todo el empeño que antes se puso en doctrinarlos en las ciencias y en las artes, se convirtió en favor de la juventud española, pareciendo, segun indica Torquemada, que los gobernantes tenian por mal empleado el bien que se hacia á nuestros naturales, y por tiempo perdido el que con ellos se gastaba.

El edificio del colegio de Santa Cruz, ampliado con aulas y

esmeradamente cuidado por el P. Sahagun y por el religioso que acabamos de nombrar, permaneció en pie muchos años, y todavia en el de 1605 se le mostraba como uno de los primeros monumentos de la civilizacion española que mejor hicieran rostro á las injurias del tiempo. Pero los colegiales habian desaparecido con el favor y proteccion que al principio se les otorgara, y el establecimiento estaba reducido á una escuela de educacion primaria para niños tlaltelolcas y de los barrios inmediatos, donde los religiosos los enseñaban á leer y escribir juntamente con la doctrina cristiana.

Trascurrió medio siglo, y ya ni esta fantasma del colegio existia: la absoluta falta de rentas, la incuria, las inundaciones todo conspiró á su ruina, y pocos años despues, una casa de estudios tan famosa se veia convertida en un monton de escombros.

Hácia este tiempo vino de comisario general de San Francisco el P. Fr. Juan de la Torre, que era hijo de esta provincia y fue despues obispo de Nicaragua. Advirtió el estado deplorable en que se encontraba un edificio tan estimado en otro tiempo y tan digno de celebridad eterna; pero en vez de poner mano en su reedificacion haciendo que, como el fénix, renaciese de sus cenizas, se conformó con erigir otro colegio, mas bien convento, cerca del sitio que ocupaba el antiguo, y es el que hasta nuestros dias ha subsistido con el título de San Buena-ventura. Componíase de un claustro espacioso con treinta celdas, un refectorio capaz de contener cien frailes, sala *de profundis*, cárcel, general con asientos altos y bajos, aulas, biblioteca y otras oficinas destinadas á la comodidad de maestros y discípulos. Montó el costo de la fábrica á unos cincuenta mil pesos, y es presumible que los hijos de Tlaltelolco hayan contribuido á la ejecucion de la misma con su trabajo personal.

Demas de esto, el futuro obispo buscó un bienhechor que sustentase con sus limosnas á los estudiantes. Prestóse á desempeñar este papel honroso el Sr. D. Pedro de Soto López, síndico general de las provincias y alguacil mayor del Santo Oficio, imponiendo á censo en varias fincas cincuenta y ocho mil pesos, para que de los réditos se mantuviesen dos lectores de teología escolástica, uno de moral, y un maestro de estudiantes, de los cuales ocho habian de ser de la provincia del

Santo Evangelio, y ocho de las de Zacatecas, Guadalajara y la Florida.

Y aunque en recompensa de este beneficio le fue concedido á D. Pedro de Soto López el patronato del nuevo colegio, viéndose despues sin herederos, lo cedió á esta provincia en 15 de Marzo de 1661, la cual coronó la obra del fundador y del patrono, sosteniendo, reparando y aun hermoseando el establecimiento.

VII.

RESTABLECIMIENTO Y ESTINCION FINAL DEL COLEGIO.

Pero como acaba de verse, el colegio de San Buenaventura no era el seminario primitivo; y lejos de conformarse con el instituto de este, los estudiantes que en él eran educados no pertenecian á la juventud indígena: tampoco eran seglares, sino individuos de la órden franciscana, que salidos del noviciado, entraban en la carrera de los estudios, con objeto de adquirir los conocimientos indispensables para ejercer debidamente el ministerio santo á que estaban llamados.

Todo lo que entonces se hizo en favor de nuestros indios fue construir, en el lugar que ocupaba su colegio, dos grandes salas, donde se les volvió á enseñar á leer y escribir, cuya obra, que costó tres mil seiscientos pesos, fue debida al P. Fr. Domingo de Noriega; y para ver positivamente restablecido el seminario de Santa Cruz, es menester trasladarse á la centuria siguiente.

En efecto, con motivo de la visita que en 1728 hizo al convento de Santiago el oidor y juez de colegios reales D. Juan Olivar Rebolledo, tomó informes acerca del establecimiento primitivo; y reconocidos sus bienes existentes, derechos y acciones, y en atencion á su venerable antigüedad y á los hombres insignes que habia producido, de los que ya hemos hecho mencion poco antes, dió providencias para su reparo y nueva ereccion en Junio del citado año.

Hízose así con todo empeño, y en 19 de Noviembre del mismo se abrió el colegio con un acto dedicado al Illmo. Sr. obispo de Honduras, á que concurrieron los nuevos colegiales vestidos de manto azul y becas blancas, en el lado izquierdo de las cuales, sobre la encomienda de Santiago, se les colocó una corona imperial en memoria de Carlos V, á quien se dió el honor de la primera fundacion; siendo de estrañarse que en las gacetas de ese tiempo no se haga ni siquiera mencion de D. Antonio de Mendoza, por cuyas órdenes y con cuyos bienes se erigió el primitivo seminario, segun hemos dicho.

“Los colegiales que se mantenian en el colegio, segun la gaceta de Diciembre del propio año, eran once, con el residuo de las rentas antiguas y con limosnas del padre comisario general de la órden de N. P. S. Francisco, que se le aplicaron al colegio. Con tan escasos haberes no es difícil de concebir la falta de formalidad del resuscitado colegio de Santa Cruz. Los padres franciscanos tenian grandes simpatías por el establecimiento, y de hecho hicieron muchos y repetidos esfuerzos para sacarlo del abatimiento y miseria en que yacia, particularmente en 1785, en que redoblaron sus instancias; pero todo fue en vano: las inundaciones, las pestes que despoblaron la parte norte y nordeste de la ciudad, la falta de agua potable, la injuria de los tiempos, la falta creciente de recursos y acaso las mismas causas que indicaba, como hemos visto, el repetido Torquemada, produjeron el abandono y total ruina del Colegio. Ya en 1811, época en que el Sr. Beristain escribia, no existia, como él mismo lo asienta, y al presente aun preguntamos dónde estaba el colegio imperial de Santa Cruz, que para muchos de nuestros lectores es desconocido hasta su nombre.”

Respecto de esta última noticia, que acabamos de trasuntar de un artículo del Sr. Berganzo, publicado en el Diccionario de Historia y Geografía, hay que hacer dos advertencias.

Tan cierto es que los franciscanos se interesaron en el restablecimiento y subsistencia del colegio de Santa Cruz, que el R. P. Fr. Fernando Alonso Gonzalez, coadyuvando á los deseos de D. Juan Olivar Rebolledo, costeó la biblioteca del mismo colegio, contribuyó para los gastos de la conduccion del agua al barrio de Tlalotelco, y pagó el vestido de siete colegiales caciques. Nació este religioso en Medina del Campo; tomó el hábito en el año de 1689, y en el de 1700 pasó de

misionero á la provincia de Michoacan, en donde permaneci6 algunos años. Vino despues á Méjico, y en el de 1734, á 28 de Diciembre, muri6 en el convento de Santa María la Redonda.

Debemos tambien advertir, que no es tan difícil determinar la situacion del colegio de Santa Cruz, si se tiene en cuenta que desde el principio estuvo anexo al convento de Santiago Tlalotelco, y que, segun nos informan los cronistas, la puerta principal de aquel edificio daba al patio del segundo. Esto supuesto, y admitiendo que el convento de San Buenaventura no sea mas que el antiguo reedificado; si se nos preguntara dónde estuvo el colegio de que vamos tratando, no titubeariamos en responder, y con algun fundamento, que se asentaba en la superficie que cae al oeste del sobredicho convento.

En el dia, esa superficie forma parte de otra mayor cercada por una gran tapia que se estiende en cuadro, abrazando por el sur la huerta, el presidio militar, la casa de asilo para mendigos, y por el oeste algunos patios, ó mas bien, solares abandonados.

La parte principal del convento está destinada al presidio civil. Forman lo restante, la sacristía en el piso bajo, y en el alto, todo el claustro, las celdas, el antecoro, y la antigua cátedra de filosofía, donde hace poco tiempo se enseñaban las primeras letras á los niños del barrio. A la entrada de esa cátedra se ven dos cuadros en la pared, uno en cada lado, representando el de la derecha al P. Fr. Fernando Alonso Gonzalez, y el de la izquierda al R. P. fundador del colegio de San Buenaventura. Ambos retratos son de buen pincel, y al pie del segundo se lee esta inscripcion:

El Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Juan de la Torre, hijo de esta provincia del Santo Evangelio, P. de la Santa provincia de Búrgos, predicador apostólico, comisario general de todas las provincias de esta Nueva-España y obispo de Nicaragua, á cuya solicitud y cuidado se hizo la fábrica de este colegio de San Buenaventura Tlalotelco, 1661.

La sacristía conserva un tesoro, que no se sabe cómo ha podido salvarse entre las vicisitudes del establecimiento: que-

remos hablar de un mueble precioso, de la cátedra que estaba en el general. Su forma es parecida á la de todas las de su tiempo, entre ellas, la del colegio de San Idefonso. Es de nogal, y en su hechura puede admirarse una obra maestra de ebanistería.

Ademas del colegio de San Buenaventura, parece haber existido hácia fines del siglo pasado una casa pequeña situada al sur de ese edificio y destinada á hospicio de los religiosos que venian de Nuevo-Méjico. Resto de esa casa es el patio que se ve actualmente entre la huerta y el referido colegio, en cuyo centro hay una fuente octágona, cubierta de azulejos, que no carece de gracia. Junto á la pared que divide el patio de la huerta está otra fuente, encima de la cual y escrita en la misma pared, se lee esta noticia:

Se acabó este hospicio de la Santa Custodia de la Nueva-Méjico, á 31 dias del mes de Julio, de órden de N. M. R. P. comisario general de todas las provincias de este reino, Fr. Pedro Navarrete, y procurador. . . . de la dicha Custodia el P. Fr. Juan Miguel Menchero, año de 1776.

Lo que hoy se llama la huerta, no es mas que una pequeña parte de la que, segun tradicion, tenia el colegio de Santa Cruz, y ocupaba toda ó casi toda la área donde se levantan actualmente el presidio militar y la casa de asilo para mendigos. No obstante, reducida como está, es todavía de una estension considerable, y no parece hallarse mal atendida por las personas que cuidan del edificio. Véense en ella plantados varios olivos y algunos otros árboles de vistoso follaje, sobresaliendo entre todos un fresno secular, de estatura gigantesca, á cuya sombra se imagina el observador ver en pie las venerables figuras de Sahagun y Torquemada.